

Cuentos de *Atlántida*

José Angel Muriel González

Revelaciones en una posada

3 de Paofi del año 18 en Ra; 2 de Poam de 4213 tras la fundación de Aa...

Una noche más, Matlec había abandonado la Academia de incógnito. Hasta entonces, nunca le habían pillado, ni siquiera sus compañeros de cuarto. Matlec miró seriamente a aquel desconocido que ocultaba el rostro bajo las sombras de un capuz. Parecía querer encubrir su identidad ante el resto de los individuos que se agolpaban en la casa de la cerveza. Pero en aquel sórdido establecimiento junto a los muelles cada cual se ocupaba de sus propios asuntos y era fácil pasar desapercibido. Allí los *Maasi* y los *Tlepoc* se entremezclaban pacíficamente olvidando rencillas y discriminaciones.

-¿Y de qué objeto hablabas, Toapek?

-Una esmeralda... de brillo y volumen increíbles –dijo el interpelado, con voz temblorosa. Su forma de hablar le delataba como un *Tlepoc*, un renegado que se había quedado sin oficio, probablemente por su exagerada propensión a visitar las tabernas-. Sus caras rutilantes están talladas con una perfección que las manos de una persona vulgar no podrían conseguir, aunque reuniera toda la maestría y supiera manejar los utensilios más sofisticados de la profesión. En ellas la luz produce reflejos cegadores y éstos evocan el poder que, según dicen, almacena en su interior, pues es un objeto maldito y prohibido: el Ojo Sagrado.

-¿El Ojo Sagrado? –preguntó Matlec con escepticismo, incitándole a beber otro sorbo del vaso que acababa de pedir para él-. Creía que era un mito. ¿Cómo sabes todo eso?

-¿Dudas de mi palabra, hermano? –increpó aquel desdichado charlatán, soltando una estridente y sonora carcajada-. He sido centinela en el Bar-el-Zaa de Thool durante años y sé qué incalculables tesoros alberga. ¡Por las Cuatro Formas!

-Mejor será que no jures –amonestó Matlec, secándose los labios en la manga de su túnica-. En la Academia te denunciarían sin titubeos por proferir tales blasfemias.

-¡Qué gran respeto guardas aún a la disciplina de la Academia! –espetó aquel ebrio *Tlepoc*, sosteniéndose a duras penas sobre el banco que ocupaba-. Eres alumno aún, ¿no? Así podría asegurarlo por la calvicie que corona tu cabeza. ¿Has escapado esta noche para ser libre por un rato?

-Sí –admitió el joven discípulo cabizbajo-. También yo tengo mis secretos.

-Eh, “piel gris”. Paga lo servido como es costumbre –prorrumpió el posadero señalando la faltriquera de Matlec.

Pero fue el otro quien extrajo unos gramos de *persea* de su bolsa y los entregó al exigente camarero, poniéndose en pie a la vez para marcharse.

-Que las Cuatro Formas te guíen por el sendero recto, hermano –le dijo, saludándole cordialmente con la mano-. Fue un placer hablar contigo.

Por un momento, Matlec atisbó sus rasgos faciales bajo la capucha. Luego, el embozado salió tambaleándose por la puerta y le dejó a solas, en medio de la muchedumbre.

Hacía tiempo que el maduro centinela no desempeñaba ninguno de los oficios que se asignaba normalmente a los *Tlepoc*. Debido a sus vulgares aficiones como asiduo cliente de las casas de cerveza y a los nefastos efectos que tenían sobre él, las autoridades le habían ido apartando de las labores de vigilancia y, especialmente, del acceso restringido a los edificios oficiales. Antes de que fuera consciente del

problema, se había convertido en uno de los muchos parias que deambulaban por la isla, sobre todo en torno a las grandes ciudades.

Tenía una cabaña, construida con ramas y juncos, junto a un manantial, y hasta allí se arrastraba cada noche, ebrio o sobrio, buscando cobijo. Pasaba días enteros bajo aquella techumbre y, en particular, los momentos en que necesitaba recurrir a la soledad. Cuando las cosas no iban bien, los *Tlepec* eran propensos a sumirse en la melancolía.

Aquella mañana no era la melancolía lo que se cernía sobre él, sino una tremenda resaca. Cuando despertó, recordaba remotamente la conversación mantenida con el joven estudiante de la Academia, pero no sabía de qué habían estado hablando. La penumbra nocturna aún no había desaparecido cuando Toapek abrió los ojos, agitado por un ruido. Instintivamente pensó que algún animal había penetrado en su indefenso lar y se aprestó a ahuyentarlo, pero era un grupo de extraños sujetos lo que encontró alrededor de su mugriento jergón de paja.

Varios siniestros individuos que ocultaban sus caras al abrigo de mantos y capas habían entrado sigilosamente en la humilde vivienda y le acorralaban formando un círculo a su alrededor. Uno de ellos se dirigió a él, forzando el timbre de voz para no ser reconocido.

-¿Eres Toapek Tlepec?

-Así me llaman –masculló vacilante.

Antes de que pudiera reaccionar, aquel tipo se agachó abalanzándose sobre él y, de repente, sintió en el costado un dolor tan lacerante como la mordedura de un áspid cuando inyecta su veneno. Toapek se sintió desfallecer y, con rapidez, sintió que le abandonaban las fuerzas.

El agresor hurgó en la cabaña y le arrebató sus pertenencias más valiosas para que pareciera víctima de un robo. Otro miembro del grupo, el más alto y corpulento, aferró a Toapek por las ropas y lo levantó sin ningún esfuerzo, sacándolo al exterior,

hasta la orilla del arroyo, donde manaban de las entrañas de la tierra las aguas termales a elevadas temperaturas. Era imposible meter un dedo sin quemarse en aquel estanque cuya superficie burbujeaba constantemente y desprendía cierto hedor irrespirable.

Aamon, eterno custodio de todos los misterios, le sujetaba impasible por el cuello, mientras se aproximaba al agua. Presagiando lo que le esperaba, el pánico invadió a Toapek, que se revolvió tratando de librarse de la zarpa que le sostenía, inútilmente porque se encontraba muy débil debido a la droga que le habían administrado. Aamon le miró como a un traidor infame y lo arrojó al manantial hirviente, donde se consumió con rapidez.

A continuación, la cuadrilla se internó en el bosque buscando la tenebrosa calzada que llevaba de vuelta a Thool, tras perpetrar con tal impunidad aquel crimen.

Días después, el temor atenazaría el corazón de Matlec, cuando supo del fatal desenlace de su compañero de charlas aquella velada. Quedó conturbado, sospechando que algo había de maligna esencia en la verdad que le había confesado Toapek inducido por la bebida y que, si se descubría que él sabía algo al respecto, sólo podía aspirar a un final semejante.

Los saqueadores de barcos

19 de Atir del año 18 en Ra; 8 de Yaketl de 4213 tras la fundación de Aa...

El *Farl-ik-Oon* se debatía contra el temporal y se revolvía sobre el temible oleaje, meciéndose violentamente con cada arremetida del agua. Pero la “Pantera del Mar” seguía en el puente, siempre erguida y sacando pecho, suscitando valor a sus hombres, incluso a los que se mostraban más incrédulos ante sus demostradas cualidades. A muchos, los más veteranos, los hipnotizaba con su coraje sobrenatural, que les conducía sin vacilaciones, atravesando el océano de uno a otro punto de la gran isla de Aztlan. Ella, en cambio, habría querido navegar más allá, pues decían que había otros archipiélagos hacia donde moría el Sol y sabía que se establecían intercambios comerciales con pueblos establecidos en los cercanos continentes al este; uno de sus proyectos era aventurarse sola en busca de tierras que le prodigarán riquezas huérfanas.

Sin embargo, aquella fría noche parecía que el turbulento mar estaba dispuesto a desafiar a su dueña hasta lograr derrotarla. Embestía con fuerza el deteriorado casco de la nave y lo empujaba con virulencia hacia los acantilados.

-Te advertí que debíamos haber recalado en los alrededores de Tzakoo, donde hay algunas playas abiertas –vociferó Oalmut, dolorosamente, subiendo el volumen de su estentórea voz sobre el ruido que producían los crujidos del maderamen.

-Teníamos que doblar la punta de Cozatl-ik-Kala antes de que cayera sobre nosotros la tormenta –repuso Edda con firmeza-. Pero hay algo que ha despistado a nuestro piloto. ¡Es muy extraño!

Y la perspicaz mujer no se equivocaba. Justo cuando habían arriado las velas para evitar que el fuerte viento dominara sus maniobras, el vigía avistó raras formas

entre las tinieblas y se encendió una segunda luz en el horizonte, aún más potente que la que les había guiado hasta el nacimiento de aquellos precipicios verticales.

-¡Nos han engañado! –gritó a viva voz, cundiendo la alarma-. ¡No estábamos siguiendo el verdadero faro!

Desde su puesto, la valerosa capitana también podía verlo ahora: la luz perpetua que avisaba en la “Punta del Sur” de las irregularidades de la costa en la nocturna oscuridad. El bajel seguía estremeciéndose. Los palos vibraban mientras avanzaban entre enormes farallones y el fondo del casco rozaba los arrecifes.

-¡Ladrones! –dedujo Edda, con los ojos inflamados por la rabia-. ¡Quieren hundirnos para hacerse con nuestro botín!

Era la trampa perfecta. La corriente les hacía progresar hacia los abruptos barrancos y les era imposible maniobrar en ese momento sin encallar entre los escollos. Sobre la escabrosa línea de la costa, al borde del acantilado, el resplandor de los relámpagos dibujaba contra el negro cielo el perfil de múltiples sombras, hombres y mujeres sin otro oficio que el de confundir a los mercantes para hacerles naufragar y así poder robar su cargamento. Abajo, en los riscos barridos por la feroz marea, a ras del mar, les aguardaba un numeroso grupo de temerarios bandidos, armados de escudos, espadas y lanzas, dispuestos a emboscarles, rematar a los supervivientes y arrebatárles sus enseres.

Edda no iba a permitir que algo así sucediera. Aunque lo cierto era que nunca se había visto en peor trance. Sólo necesitaba un giro de los acontecimientos a su favor, una ayuda proverbial de la naturaleza. Y, milagrosamente, la obtuvo: el viento empezó a soplar en otra dirección.

-¡Izad las velas de nuevo! –exhortó, paseándose por la cubierta para zarandear a su tripulación y obligarles a subir por los obenques-. ¡Arriba esas lonas!

Tan cerca estaba el *Farl-ik-Oon* de estrellarse contra las rocas que los furibundos asaltantes aumentaron el griterío, regocijándose de una presa segura.

Desde lo alto, los arqueros arrojaron una lluvia de saetas más peligrosas de lo convencional, pues sus puntas, impregnadas de una materia inflamable, ardían surcando el aire en forma de oleada incendiaria.

-¡A cubierto! –gritó Oalmut, protegiéndose bajo un travesaño.

Las flechas inundaron la nave, clavándose en los costados y en la arboladura, pero también en la carne de algunos desafortunados. Observaron con estupor que el fuego no se extinguía ni bajo el agua y los dardos seguían flameando incluso cuando caían al mar. Las llamas formaban un cerco alrededor del velero, iluminando su posición. El erudito Vikhatl examinó uno de los proyectiles, apagando su ardiente punta con un trapo; se trataba de una sustancia resinosa que ardía incesantemente durante largo rato.

Edda sopesó la situación rápidamente. Habían tenido suerte de no exponer aún las lonas a la peligrosa descarga, que habría prendido en ellas condenando la nave. Los fuegos locales eran sofocados por los marineros. Pero no podían esperar a que se desarrollara un segundo embate, menos aún ahora que toda la silueta del buque quedaba delatada en la penumbra por las luces de los focos que se sumergían paulatinamente en el agua. Aquel despiadado ataque azuzaba a sus hombres a combatir cualquier amenaza, mas sólo tenían una oportunidad.

Henchidas por el viento, las velas impulsaron al *Farl-ik-Oon* hacia atrás bruscamente, remontando la corriente. Oalmut ayudó a Edda a aplicar toda su pericia y controlar la caña del timón para que el barco no desviara su rumbo. Así que retrocedía sin tocar los colosales taludes de piedra que les rodeaban. Contra toda predicción y para estupor de la tribu de ladrones, cuyos preparativos para una próspera noche de pillaje habían resultado infructuosos, fueron burlados por la audacia de la "Pantera del Mar".

Cuando las estrellas declinaban en el firmamento y faltaba muy poco para que despuntara el sol, Edda protestó rechazando los consejos emitidos por su dócil hombre de confianza.

-Si hubiéramos tomado derrota hacia la Isla Maldita como yo quería, no habríamos padecido este lance –dijo, alisándose la cabellera, encrespada y maltratada por el salitre.

Oalmut sonrió emocionado, sabiendo que llegar a ese islote era otro reto para su amiga y capitana.

-Tu generosidad en halagos me abrumea –bromeó, guiñándole el ojo con complicidad.

Los Profesionales

27 de Tibi del año 18 en Ra; 16 de Kimueron de 4213 tras la fundación de Aa...

Recién llegado de Lhamo, la primera noche le sorprendió deambulando como una sombra errante por el puerto de Thool-obe-Gara. Kadham había buscado desesperadamente durante toda la tarde algún sitio donde alojarse, algún trabajo para subsistir por duro que fuera, pero aún no había tenido éxito. Al ocaso, cuando el fragor de los muelles había cesado, se movía desfallecido, como un ser sin voluntad.

Pero con el crepúsculo, cuando los crujidos de las cuadernas se oían perfectamente en el silencio que todo lo invadía, mientras los barcos amarrados se mecían al compás del crepitante oleaje, se reunían en los rincones más inesperados los noctámbulos, los seres que vivían de la noche.

-¿Esto es todo lo que puedes ofrecer, Lalio? –inquirió con gesto imperioso el hombre a cuya voluntad respondían los demás congregados bajo aquel toldo. Se trataba de un tipo pequeño, calvo, arrugado y de expresión taimada. En aquel momento valoraba los objetos que tenía delante, algunas vasijas y viejas herramientas.

-El día no se me dio bien, Asón –arguyó el otro, un sujeto hosco y harapiento, desairado por el tono despectivo de su superior-. Fui a entrar en una vivienda miserable, amueblada sobriamente y donde sólo había utensilios de metal y arcilla cocida, pobres tejidos de fibras vegetales, ungüentos y perfumes aceitosos, y jergones llenos de hojas secas que usaban como lecho.

-Pues hubiera sido más práctico hacerte con uno de esos jergones, Lalio, porque al menos te hubiera permitido pasar confortablemente sobre él el lapso del

sueño –replicó socarronamente el cabecilla, azuzando a sus camaradas para que le siguieran la broma. Pero la hilaridad que había provocado con sus palabras se apagó pronto-. Poco vas a recibir por estas cosas. Deberías ser más meticulouso al seleccionar tus objetivos. Danos los datos de la casa para entrar en contacto con sus inquilinos.

-Espero que esta noche resulte más lucrativa –dijo el secuaz, sometido al escarnio y ahogando un suspiro.

Kadham les contemplaba desde las sombras, pero no se ocultaba a sus miradas, pues ellos obraban con libertad, sin temor a ser descubiertos, a pesar de que estaban tratando algún asunto de naturaleza desagradable. Casi todos eran *Maasi* -jóvenes y viejos, hombres y mujeres-, pero también había entre ellos algún *Tlepoc* descarriado.

-Tú, el mirón, no te conozco –le espetó aquel hombrecillo desaliñado llamado Asón que dirigía las operaciones-. ¿Estás inscrito? Si tienes algo que entregar, ponte a la cola.

Kadham negó con la cabeza vigorosamente, pero se sentó y les siguió observando abstraído. Fue entonces cuando logró averiguar con espanto quiénes eran pues había oído hablar de ellos. No obstante, el saberlo le tranquilizó de alguna manera, porque se deducía que todo estaba bajo control.

Se trataba de los Profesionales, ladrones que constituían una especie de institución y que se organizaban en grupos en todas las poblaciones. La ley ordenaba que cuantos quisieran dedicarse a la empresa del hurto debían inscribirse en un registro administrado por el líder del sector que le correspondiera. Asimismo, debían llevarle a él todos los objetos robados. El gerifalte tenía que restituirlos a sus dueños en seguida, pero percibiendo una recompensa que se estipulaba previamente. En la imposibilidad de impedir de manera rotunda que se robase, los legisladores de Aztlan habían hecho pública esta drástica medida para que se devolviera lo sustraído.

De este modo, el hecho de arrebatar a otra persona sus pertenencias se había convertido en un arte minucioso que debía respetar los reglamentos dictados para ello; de hecho, saltarse las reglas conllevaba sufrir serias sanciones con duras penas físicas. Para los Profesionales no había ciudad suficientemente grande; se perdían en su inmensidad y perpetraban sus infalibles atracos, sin ser perseguidos a causa de ello por las autoridades. La distribución de beneficios se hacía de forma regular y homogénea, proporcionalmente a lo que se aportaba. Cuando Kadham encontró a aquella pandilla se estaba efectuando uno de los dos repartos de la jornada; el otro se realizaba al amanecer, pues había quienes preferían los asaltos nocturnos, mientras la gente dormía, aunque éstos solían estar mal vistos por allanar la morada de las víctimas con el riesgo de perturbar su sueño.

Estuvo a punto de acercárseles para informarse mejor y probar suerte, pero luego desterró ese pensamiento de su mente. No quería dedicarse a esa clase de actividades, perniciosas si no para él, con seguridad sí para los demás.

Resonaron pisadas en las tablas del muelle como el mugido de un terremoto cuya sacudida se aproximaba, anunciando el paso marcial de un pelotón de guardias. Así, Kadham salió de su ensimismamiento. La llegada de aquella patrulla de *Tlepoc* no alarmó especialmente a los Profesionales, que siguieron con el trajín de sus negocios. Nadie se inmutó ni pareció inquietarse, pero el semblante de Asón reflejaba cierta preocupación, pues no era habitual recibir la visita de las autoridades.

-¿Asón, el administrador de bienes del sector de Oon-tak-Meeren? –dijo solemnemente quien comandaba a la aguerrida partida de los *Tlepoc*, con la intuición de que debía dirigirse hacia aquel hombrecillo sedente que examinaba las mercancías a valorar según las tablas oficiales.

-Yo soy –respondió Asón lacónicamente, abandonando su quehacer por un instante-. ¿Qué se te ofrece?

-Asón, administrador de bienes de Oon-tak-Meeren –sentenció el soldado, repitiendo el título de su interlocutor-, has sido denunciado por transgredir las normas del reparto y debes responder por ello inmediatamente. Se te inculpa de haber permitido el robo repetido de un mismo objeto de gran valor en sucesivas ocasiones sabiendo de su naturaleza. Se te acusa asimismo de coaccionar a los propietarios de objetos también de gran valor, fomentando la subasta sin dejar constancia ni registro de las recompensas ofrecidas por los dueños como ordena el reglamento.

Asón palideció porque su vida acababa de dar un vuelco. Aquello significaba que estaba a punto de perder todo el prestigio ganado durante años al frente del mercado del cambalache y, en particular, los privilegios que ocupar ese puesto le conferían. Resultaba inaudito que se le acusara de aquello. Los delitos que se le imputaban eran de uso común en el gremio, aunque generalmente se respetasen con primor las diligencias del oficio, y quedaban tácitamente aceptados incluso por los afectados, los clientes a quienes se robaba. Estaba seguro de que ninguno de ellos había sido el denunciante pues no les convenía llevarse mal con quienes garantizaban la devolución de sus bienes intactos.

-¿Puedo saber quién me acusa de tales actos?

-Un tal Lallo –contestó el inexpresivo militar en seguida.

-¡Lallo! –exclamó Asón, crispado por la turbación que le había producido oír aquel nombre. Se volvió hacia el subordinado que le había traicionado sin comprender muy bien qué le había motivado a hacerlo e imprecó:- ¿Lallo? ¿Por qué?

-Debe cumplirse la ley –amonestó impetuosamente el péfido ladrón que le había delatado, cruzando una mirada esquiva con Satl, un camarada maduro y corpulento de mirada ceñuda.

Kadham contemplaba la escena con curiosidad. El cargo que ejercía Asón era indudablemente muy envidiado y podía ser codiciado por sus funciones y ganancias, así como por el poder que todo esto implicaba. Pero Lallo sólo era un provocador que

había sucumbido a la ambición y cuyas aptitudes dejaban mucho que desear. No era él quien podía sucederle, sino precisamente Satl, el veterano grandullón con el que parecía haberse confabulado contra Asón, pensando tal vez que podría recibir un trato de favor y aumentar sus márgenes de beneficios.

Con mansedumbre, Asón se desciñó la lujosa faja cuyo color blanco dejaba constancia de sus atribuciones y se entregó desengañado a los guardias. Pero, entonces, cuando recibía el legado de Asón y antes de ajustarse la faja alrededor de la cintura sobre el faldellín, Satl habló dando muestras de su habilidad verbal y de su talento para manipular la situación a su capricho.

-Os deberíais llevar también a Lalio.

Al escuchar su voz monocorde y opaca, los soldados le miraron de hito en hito, aturcidos. Lalio, que se creía su confidente, dio un respingo y tragó saliva, incapaz de imaginar a qué respondía aquella reacción del sujeto a quien acababa de encumbrar haciendo realidad sus mayores aspiraciones. Asustado, el cuerpo no le cabía en los andrajos que vestía.

-Si ha denunciado a Asón, no está adoptando el sentimiento de hermandad que existe entre nosotros –explicó Satl sin sutilezas, rechazando inexorablemente las súplicas del desconcertado Lalio. Con tono cuidadoso y paternal, siguió hilando un discurso somero y algo ampuloso-: O bien está mintiendo y por tal deshonor será castigado, o bien compartía con Asón desde hace tiempo el conocimiento de esas actividades.

-No miente –sostuvo el militar con ostensible impaciencia-, pues hemos interrogado a algunos vecinos de la zona para extraer nuestras propias conclusiones antes de venir a arrestar al acusado. ¡Nos lo llevaremos también!

-¡No! –sollozó Lalio acompañando sus ruegos de aspavientos.

Pero los partidarios de Satl apoyaron sus palabras sabiendo que tenían un nuevo jefe tan justo como el anterior, ya que su intervención había disuelto cualquier

sospecha indigna que pudiera caer sobre todos ellos y, por otra parte, limpiaba su propia imagen descartando que hubiera tomado parte en el complot contra Asón. Éste marchó detenido, agradeciendo a Satl su nobleza y sabiendo que todo quedaba en buenas manos.

-Ahora –dijo Satl cuando todos se hubieron esfumado con la niebla-, terminemos el reparto, por favor.

Al volver la calma, Kadham se olvidó de lo que hacían los Profesionales y se acurrucó sobre unas velas rasgadas para intentar conciliar el sueño.

Vaticinios de decadencia

1 de Thot del año 20 en Ra; 10 de Maxul de 4215 tras la fundación de Aa...

Al crepúsculo se cerraban todas las puertas de la ciudadela para que las alimañas no pudieran entrar. Pero, en las riberas del río, como cada novilunio, se congregaba la gente de Totlan y alborotaba la noche, danzando al son de timbales y flautas y consumiendo sus provisiones de cerveza. Hacían vibrar los instrumentos fabricados a partir de cuernos de reses y crepitaba la selva. Todo el contorno se conmovía.

Desde la pequeña terraza que colindaba con su alcoba en el santuario, Weni Imhotep los contemplaba con avidez y se unía a la fiesta deleitándose con una copa de aquel líquido venerado por los nativos, refrescante y de un sabor extraordinario que producía un apacible hormigueo en la garganta. También desde allí volvía a admirar distraídamente el paisaje, verde y agreste, tan diferente de los palmerales y de las dunas del desierto que circundaba Kemet. Así, también recapacitaba sobre lo que le esperaba si algún día lograba regresar a la tierra de sus antepasados y transmitir a su padre los conocimientos que estaba adquiriendo junto a los dioses.

En el vasto cielo nocturno, distinguió el destello de Sopdet, aunque su posición era ligeramente distinta a la que se observaba normalmente en la Tierra Negra. Aquella jornada, marcada por la reciente aparición de la estrella, Weni cumplía un año más en el mundo de los vivos.

-Míralos, cómo se divierten –apreció Ptah Jnum, que había aparecido inadvertidamente, colocándose a su lado. Apoyó ambas manos en la repisa del balcón de piedra haciendo que tintinearan los brazaletes de plata dorada con mercurio que se enroscaban como serpientes en sus brazos-. Disfrutan con ilusión cada día y eso bien

merece una alabanza. Es lo que más me gusta de vosotros, los *Maasi*. Vuestra capacidad de adaptación a las circunstancias, de vencer los percances y de absorber las ideas.

En Weni no se había mitigado aún la sorpresa ante la soberbia presencia del maestro alfarero, que había turbado su intimidad sin saludos efusivos, y de pronto sintió ofuscado el cerebro por la bebida, lo que lamentó enormemente porque no abundaban las ocasiones en que podía conversar tranquilamente con el Prefecto. Ptah Jnum envolvía paternalmente a su huésped con la intensa mirada de aquellos ojillos profundos y penetrantes y con el discurso que emitía su insulsa boca de pez.

-Sus vidas discurren con la misma parsimonia que fluyen las aguas del Patzalos, llegando rápidamente a la desembocadura en el mar donde muere, ¿no es así, Imhotep?

-Todas tienen un sentido y una finalidad, *arawa*.

En lontananza ululaban los búhos y rugían las panteras, que pernoctaban en busca de caza. El bramido de aquellos felinos, infinitamente más feroz que el maullido de los gatos que poblaban los templos egipcios, sonaba armonioso al brotar de sus fauces y componían una melodía de fondo que acompañaba los ritmos de los lugareños.

-Mira, Imhotep.

Observaron cómo recorría poderosamente la concavidad del firmamento el fulgor de un cometa, una estrella con cola que se desplazaba con aparente lentitud, arrastrando una estela rojiza tras ella.

-En mi patria los sabios auguran señales de lo venidero cuando vislumbran uno de estos fenómenos –comentó Weni con calma, recuperando la sobriedad y la lucidez.

-Quienes, como la anciana Suprema Maestra Iset, lo recuerdan, afirman que un cuerpo como éste brillaba en el cielo el día que Heru Tehuti decidió abdicar de su trono en tu tierra y legó su poder a uno de sus acólitos humanos, el magnánimo

Menes. Con Heru nos marchamos de allí sin dejar vestigios materiales, tan sólo leyendas y profecías.

Weni escuchaba en silencio a Ptah Jnum. Con aquellas palabras, se reforzaban sus propias hipótesis sobre el origen divino de los héroes egipcios y se confirmaban las teorías que Kadham le había relatado hacía algún tiempo, a bordo del *Farl-ik-Oon* y en Lea Aztli. ¡Qué formidables aventuras había vivido en aquella isla! ¡Y cómo añoraba a sus intrépidos amigos, entre monstruos diez o veinte veces más grandes que los hipopótamos amparados por el curso del gran Hapi!

-Presagio al ver ese astro teñido del color de la sangre presidiendo nuestros designios que la triste insurrección de los súbditos de Aztlan sólo es un anuncio de nuestro declive, amigo Imhotep. Ocurra lo que ocurra, procura elegir bien tu bando y no equivocarte.

-Espero no fallarte, gran maestro –manifestó Weni, indeciso ante esas francas predicciones, moviendo la cabeza involuntariamente. Entonces aún no sabía lo que le deparaba el inmediato futuro ni conocía la propuesta que le harían sus amigos mediante el correo que recibiría a la mañana siguiente.

La fórmula más importante

17 de Paofi del año 20 en Ra; 16 de Poam de 4215 tras la fundación de Aa...

Las bandadas de pájaros sobrevolaban sus cabezas mientras avanzaban por la vereda que bordeaba el Patzalos, remontando el río en una larga caminata campo a través, ya que, a pesar de su caudal, ni este río ni sus afluentes eran navegables. El sudor perlaba la frente de Weni debido al húmedo y cálido clima tropical. Se movía fascinado por las maravillas naturales que conservaba aquella isla, siguiendo la comitiva compuesta principalmente por una compañía de fornidos *Tlepos*. Al frente iba Ayperos, el Secretario de Ptah Jnum.

Quienes formaban el grupo iban ataviados por anchas fajas en la cintura y sencillos paños en la cabeza para contrarrestar los rigores de la travesía, con la excepción de Ayperos, que vestía una túnica talar abierta por el pecho. De vez en cuando, Weni se veía forzado a hacer reposo y refrescarse la piel en las benignas aguas del río que bañaba los alrededores de Totlan. El sagrado carro de Ra refulgía arriba exhibiendo su máxima potestad, haciéndose meritorio de toda oda por la perpetuidad del tiempo que prodigaba con su regreso cada amanecer.

Era inevitable recordar los márgenes del bello Hapi, que mojaba la seca arena para obtener como fruto el presente del limo fértil que daba vida a Kemet. Pero se hacía preciso realizar imponentes obras hidráulicas, diques, máquinas para elevar el agua, depósitos para almacenarla y canales para llevarla con equidad a todos los terrenos y distribuirla como en Aztlan, de manera que se pudieran afrontar años de inundaciones escasas o de violentas crecidas. Si volvía a la Tierra Negra, múltiples serían sus recomendaciones; ojalá fueran escuchadas. Estas reflexiones le

apesadumbraban. Incluyó la cabeza en reverencia al Sol mientras salmodiaba unas letanías, implorando que no fuera tardío el momento del anhelado retorno.

La expedición por aquellas peñas transcurrió sin sobresaltos, pero podía resultar agotadora. Aunque no era el caso de Weni, que tenía vigorosas piernas. En realidad, aunque el camino resultaba arduo, no era tan grande el trayecto, pues sólo faltaba un trecho para alcanzar el destino y aún se divisaba atrás, sobre un montículo en la desembocadura, la fortaleza con sus murallas que protegían la ciudadela de Totlan. Los muros ciclópeos de su maciza morada le seguían entusiasmando. Desde allí se apreciaba la maraña de redes dispuesta en el edificio en construcción en prevención de que los obreros pudieran caer al vacío.

Acababan de pasar por unas canteras socavadas en la ladera de una montaña cuando empezó a correr una brisa fresca que hacía oscilar los tupidos arbustos y mermaba los efectos del calor. Llegaron así a un poblado de chozas construidas con material vegetal, ramas y troncos de árboles, y lo cruzaron saludando apenas a sus habitantes, que les recibieron taciturnos, con miradas curiosas. Desde allí ya no se oía el murmullo del río. Más allá de las cabañas se abría un sendero entre la espesa maleza por el que se internaron. Empezaron a discernir a su alrededor las ruinas de una antigua ciudad de piedra abandonada y devorada por la vegetación. Estaban en Xilompek, preservada desde tiempos remotos en aquel singular enclave, en parte engullido por el Patzalos.

Tras atravesar un arroyo que formaba cascadas entre los cascotes bajo la bóveda boscosa, llegaron a un claro donde se alzaba un espectacular obelisco truncado, al que le faltaba el extremo superior, escindido por un rayo, y que parcialmente relucía aún en aquellas secciones de *oricalco* que permanecían bruñidas y sin oxidar. Al fondo, sobre la frondosa arboleda, ya se veía una espigada construcción de forma piramidal erigida siglos atrás por los ancestros de los actuales

ocupantes de la región, con balaustradas derruidas en la azotea superior y en las únicas escalinatas externas, que se presentaban en la fachada frontal.

La grandiosa pirámide se erguía ostentosamente sobre la explanada y superaba en altura a los más atrevidos gigantes arbóreos, pero era de singulares proporciones y parecía más pequeña a simple vista a causa de sus estrechos e inclinados costados. Se constituía como un cubo con los muros exteriores levemente inclinados, coronado por otro de menores dimensiones que a su vez sostenía otro enorme bloque. El monumento había resistido el paso del tiempo a la intemperie y el furor de la selva que arraigaba en sus muros sin conseguir agrietarlos. Era una arcaica muestra de la ingeniosa manipulación del granito; ya entonces se conseguía eludir las toscas fisuras de los ensamblajes con pocos medios mecánicos.

Era extraño, pero allí no se oía el rumor de ningún animal, como si el lugar sufriera el influjo de un sortilegio. Weni, que no era supersticioso, permanecía absorto, contemplando con languidez las maravillas de su derredor.

Zenutl, el jefe de los operarios que precedía el séquito de Ayperos, comenzó a ascender por una rampa y se detuvo ante una losa de grandes dimensiones que yacía en el suelo, orlada por inscripciones y jeroglíficos, rodeada de regias esculturas en honor de los gobernantes.

-Aquí es –indicó Zenutl, arrodillándose para arrancar las hierbas y enredaderas que habían crecido sobre la lápida.

-Éste es el sitio del que te habló la suprema grandeza de Ptah –anunció Ayperos imbuido de cierta satisfacción-, donde se conserva la fórmula magistral original en memoria de nuestros primeros días sobre este mundo. Ptah Jnum ha depositado su confianza en ti plenamente y quiere que conozcas el primitivo lugar donde se aplicaron los procedimientos del maestro alfarero, para que aprendas como aprendieron los antecesores de Zenutl.

Tosió, fatigado no tanto por el esfuerzo físico como por el aire que debía respirar, poco saludable para su naturaleza especial. Luego hizo un ademán y los *Tlepoc* que les acompañaban le obedecieron, introduciendo los dedos en la ranura donde quedaba encajada la gran losa. Pronto cedió a la presión y empezó a moverse hasta que giró sobre unas charnelas. Bajo la lápida quedó al descubierto un corredor subterráneo por el que Ayperos inició el descenso con grácil agilidad al tiempo que reanudaba las explicaciones con su voz cavernosa y desagradable.

-Después de Aa, Xilompek fue la segunda ciudad fundada por nosotros, los milenarios, y consagrada a la prosperidad de los *Maasi*. Ésta que ves es, en realidad, la primera pirámide levantada en Aztlan –expuso el *Kuh-Chooh* ceremoniosamente, pisando con cautela los peldaños excavados en la piedra viva. Una corriente de aire suspendió los ligeros tejidos de su túnica, impoluta pese a la excursión, y el pañuelo que cubría su calvo cráneo.

Los *Tlepoc* quedaron fuera, pero uno de ellos le proporcionó una antorcha apagada que él encendió inflamando el aire con un simple gesto de la cara. Algunos soldados se habían sentado en el basamento del obelisco para reponer energías, manteniendo desenvainados los alfanjes con que habían segado los matorrales a su paso. Otros guardaban la entrada al subsuelo.

La mortecina luz de la tea alumbraba tenuemente la galería de paredes compactas que penetraba en la completa oscuridad de la tierra. Había vanos a ambos lados, donde se alojaban urnas y féretros cuyo contenido Weni desconocía. Adheridas a los muros se sucedían estelas con grabados indescritibles, sobre salientes y canaladuras cinceladas en la roca.

El pasaje secular conducía hasta un rellano que se abría en forma de cripta, cuyo pavimento era de baldosas de mármol negro y presentaba incrustaciones de lapislázuli dibujando las preciadas flores de loto azul. Pero tanto del techo como del suelo, sobre el que se había tendido dicho enlosado, surgían estremecedoras

protuberancias de la piedra, componiendo hermosas esculturas verticales, algunas afiladas y otras robustas, algunas pequeñas y otras tan pronunciadas que se habían transformado en columnas. El constante goteo del agua de la lluvia, filtrada entre la roca caliza que erosionaba y disolvía, había construido esas estalactitas y estalagmitas durante cientos de siglos.

La cripta se había excavado en una gruta natural, pero parecía evidente que hacía muchísimo tiempo de eso, porque, en algunos puntos de la solería, habían aparecido diminutos conos como productos del mismo proceso. Ptah Jnum, tan aficionado al estudio de la materia pétreo, le había contado que, cuando descubrió las primeras formaciones de ese tipo, las que ahora Weni veía y admiraba por fin con sus propios ojos, decidió realizar un estudio acerca de ellas. Sólo seres como él, de tal longevidad, podían analizar estos fenómenos, pues la piedra invertía treinta, sesenta o más ciclos solares -dependía de los casos- para crecer apenas la longitud de una uña.

Al fondo de la cavidad, había un nicho, decorado con láminas de un metal que devolvía destellos plateados y rodeado de cortinas pétreas formadas también por el agua.

-No somos adeptos de los rituales –prosiguió Ayperos-, pero, cuando hubo que dejar a su suerte esta urbe porque el curso del río había cambiado, mis excelsos hermanos quisieron dejar aquí intactos los laboratorios primigenios como testimonio de su estancia. En ellos se concibió la sustancia más importante de Aztlan, tan dura como el diamante, tan diáfana como el agua, tan resistente como la roca, así como el modo específico de vencer estos atributos únicos. Es la materia en que se conservan nuestras más preciadas reliquias.

Inmediatamente, inspirado por aquellas explicaciones, Weni supo que aquella era la sustancia que envolvería al Ojo Sagrado en su prisión y que, en efecto, sólo con su contribución sus amigos podrían llevar a buen fin sus maquiavélicos planes. La emoción alteró su gesto. Sin embargo, no encontraba más motivo que la pura amistad

para darles su apoyo y permitirles triunfar si es que había alguna posibilidad. Los métodos de enseñanza de sus maestros, que emulaba con audacia, nunca habían sido profusos y habría sido una mezquindad menospreciar su hospitalidad.

-Aunque, claro –añadió el impasible Secretario con arrogancia-, la utilización de estas medidas de seguridad por mi estirpe parece excesiva e innecesaria cuando sólo han de enfrentarse a la limitada inteligencia de los *Maasi* o a la honesta lealtad de los *Tlepoc*.

De repente, mientras miraba las duras facciones de Ayperos, que se habían contraído en un mohín de desdén e indiferencia, un acceso de desesperación e ira afloró en el semblante de Imhotep y encontró una razón para colaborar con Edda, Kadham y Wilk en su arriesgada hazaña. Así consideró tomada la determinación, después de oír aquella afrenta llena de desprecio que le costó digerir y que había quebrantado sus sueños de igualdad y progreso junto a los dioses.

El joven egipcio sintió una enorme ansiedad y se enjugó el sudor que resbalaba por sus sienes, deseando comunicar a sus amigos cuanto antes que podían contar con él. Lo haría como acostumbraban a hacerlo en la isla, donde se servían de palomas mensajeras adiestradas para cruzar los cielos y mantener en contacto los diferentes puntos estratégicos de Manu.

Mitos

19 de Choiak del año 18 en Ra; 18 de Melpox de 4216 tras la fundación de Aa...

Después del cataclismo que había asolado Manu, hundiendo el archipiélago bajo el mar para siempre, algo le ocurrió al cielo. La atmósfera se mantuvo inestable durante cierto tiempo manifestando su furia mediante extraños fenómenos y modificando las pautas normales del comportamiento climático. El polvo y las cenizas formaron espesas nubes que, arrastradas por las corrientes de aire, oscurecieron la bóveda celeste sobre tierras donde apenas se conocía la lluvia.

Diluvio sobre la tierra de manera atroz al nublarse el cielo y removerse el océano. El agua cayó abundantemente y engullía con voracidad los terrenos menos elevados. Los relámpagos iluminaban la noche y los rayos caían sobre bosques y desiertos, provocando incendios allá donde las llamas podían prender. Con ello se veían afectadas la flora y la fauna, como también los pueblos que poblaban determinadas zonas y que, junto con los animales, se veían obligadas a desplazarse y abandonar su hábitat. Así sucedió hasta que el cielo quedó limpio de impurezas y por fin se aclaró permitiendo que cesara la tempestad.

Los vientos fríos apenas azotaron Kemet, aunque hubo lluvias en puntos del territorio donde nunca se habían registrado precipitaciones y catástrofes de menor envergadura se cebaron sobre los campos y cultivos de algunas regiones. Sin embargo, se originaron muchas leyendas porque nunca se había visto nada igual ni había testimonio de que algo parecido hubiera acaecido antes.

Cuando la flota conducida por Weni Imhotep arribó al delta del río, después de atravesar los mares y enfrentarse a los temporales, se dijo que los dioses les habían favorecido si en verdad venían de sitios tan remotos ya desaparecidos. En realidad,

eran muchos los pasajeros que habían perecido en el camino por la carencia de recursos y provisiones.

-Los dioses no se acordaron de nosotros –replicaba Weni con ironía ante los más crédulos.

Y era cierto. Tal vez si hubieran sabido de la existencia de Kemet o de las tierras al este entre los dos ríos, también visitadas antiguamente por los *Kuh-Chooh*, habrían provocado igualmente su destrucción, tan salvajemente como habían hecho con Manu, sin dejar vestigios.

-¿Pero no es verdad que tus barcos flotaron sobre las crestas de las olas y superaron las tormentas del infierno hasta que encontrasteis tierra donde posar sus cascos? –le preguntaban algunos supersticiosos para saciar su curiosidad cuando se dirigía al palacio del monarca, quien le había autorizado a comparecer en audiencia ante él gracias a la intercesión de Kanefer, su padre-. Dicen que tanto llovió que el agua anegó muchas tierras y pasará mucho tiempo antes de que vuelvan a emerger.

-Algunas nunca emergerán, pero no fue la lluvia –repuso el joven Imhotep con la solemnidad aprehendida en la corte de la Casta Azul-. Y todos los barcos flotan sobre el oleaje, así que no os inventéis historias.

Cuando hablaba expresando tanta sabiduría y tan poco temor, Kanefer e Ipuí observaban orgullosos a su hijo. No obstante, de nada sirvieron las amonestaciones y las arengas de Imhotep aclarando los acontecimientos. Pronto correría el rumor en las calles de Ineb Hed de que un ser de naturaleza indudablemente especial había regresado al país después de visitar el mundo donde reposaban los difuntos, ayudado por fuerzas sobrenaturales. Cuando, muchas décadas después, la anécdota era relatada por las gentes de otras naciones, ya se había convertido en un mito. Se hablaba de un personaje cuyo nombre iba cambiando según las preferencias de los narradores y que había vencido la cólera divina portando en su arca tantas personas y tantos animales como había podido rescatar gracias a los conocimientos recibidos de

los mismos dioses. Dirían que atravesó así el gran mar hasta que sus aguas descendieron y pudo encontrar puerto donde atracar.

A los comentarios de Weni, seguía una sonrisa de Edda cuando los escuchaba, admirando con este gesto su temple y su coraje, porque el egipcio no dudaba en utilizar la lógica y enfrentarse a cualquier desconocido para hacerle entrar en razón, sin importarle su categoría ni el estamento al que perteneciera. Odiaba cualquier creencia irracional, viniera de quien viniese. Tal vez fue esta cualidad la que vio el rey en él para aceptarle entre los súbditos sobre los que depositaba mayor confianza, y también la virtud que reanimó a Edda y le hizo recobrar las ganas de vivir.

El recuerdo del amor perdido junto con el esplendor de Aztlan acudía a su mente con frecuencia en forma de un joven impetuoso y rudo, aquel *Tlepoc* errabundo que merodeaba por los muelles de la encantadora Coatsoon mendigando un puesto de remero en alguna nave cuando le conoció. Aún le producía unas risas el descaro con el que Wilk observaba el movimiento de sus caderas y la elegancia de sus curvas mientras le suplicaba un hueco a bordo.

Con la convicción de que sus aventuras como experta marina habían acabado, Edda se alimentó de la felicidad que Imhotep procuraba proporcionarle y, siempre agradecida, conviviría en su casa, con él y su familia, convirtiéndose en su leal amiga, su mayor apoyo y su más fiable asesora. Cumplido el plazo, dio a luz, pero no a uno, sino a dos retoños. A estos gemelos los llamó Kadham y Wilk¹, nombres que los compatriotas de Weni irían deformando por la incapacidad de pronunciarlos correctamente. A sus hijos Edda dedicaría el resto de su vida. Los hermanos se querrían y se traicionarían tanto como lo habían hecho los amigos que les prestaban sus nombres.

¹ Caín y Abel.